PQ6509
.E5

ES PROPIEDAD DE MIGUEL GUIJARRO.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Puente de Vallecas, imprenta de Miguel Guijarro.

PRÓLOGO.

Cuando al aparecer la primera produccion de Fernan Caballero en las páginas de un periódico de la corte, decia uno de nuestros más distinguidos literatos que La Gaviota era *el primer albor de un hermoso dia, el primer floron de la gloriosa corona poética que ceñiria las sienes de un Walter Scott español*, expresaba una gran verdad, que el tiempo ha confirmado con fallo irrevocable.

El entusiasmo y el sentimiento, fuentes inextinguibles de todo lo que de generoso y de grande es capaz de emprender el hombre, han sido prodigados á manos llenas por la Providencia al inspirado novelista cuya aparicion fué un verdadero y glorioso acontecimiento para las le-

010460

tras españolas, y un título de noble y legítimo orgullo para la patria del insigne soldado de Lepanto, que, merced á FERNAN CABALLERO, ha vuelto á recobrar el cetro de la Novela, pasado á extrañas manos desde la muerte del Ingenio Príncipe, y envilecido, por desgracia, en ellas, con grave daño de la moral pública y de la existencia misma de la sociedad, hasta el punto que las monstruosas creaciones dadas á luz modernamente en la nacion vecina demuestran de un modo incontestable.

FERNAN CABALLERO ha resucitado entre nosotros la Novela, como Meléndez resucitó el buen gusto, y ha vuelto la tranquilidad y la confianza al corazon de los que, rindiendo culto á lo bello y á lo bueno, habian llegado á temer que la época presente no produciria en este terreno otra clase de frutos que los viciados y dañosos á que acabo de referirme. Esta es, pues, la razon de que suenen en todos los labios ardientes alabanzas á FERNAN CABALLERO: para unos es su existencia un solemne mentis á los que suponian al ingenio español incapaz de cultivar con éxito la Novela; para otros es el digno paladin de la patria antigua y de la augusta Religion que produjo nuestras glorias y nuestros héroes.

Un hombre ilustre ha dicho de la Moral Cris-

tiana, que por su sencillez se halla al alcance del más indocto, y por su profundidad suspende y admira á los más sabios. Otro tanto puede decirse de las obras de FERNAN CABALLERO. Todas ellas pueden ponerse con igual confianza en manos del jóven y de la doncella; en todas se encuentra la misma naturalidad y sencillez en la forma; en todas resplandece la misma pureza de doctrina, el mismo fervor religioso. Todos los caractéres de sus personajes están admirablemente dibujados; los colores con que pinta las costumbres son siempre verdaderos; las descripciones siempre bellas; el sentimiento del deber, base de todos los que animaban á nuestros mayores, siempre aparece en sus obras exaltado y enaltecido.

Y si lo que acabo de expresar es rigurosamente exacto respecto á cuantas producciones ha dado á la estampa el gran novelista, á ninguna conviene tanto, á mi juicio, como á la que da lugar el presente Prólogo.

El objeto que en ella se propone el autor no puede ser más simpático á cuantos estimen en algo el suelo que los vió nacer, ni más interesante para quien desee estudiar el verdadero carácter y las costumbres verdaderas de un pueblo en una época dada. La elegida por FERNAN CA-

BALLERO para desarrollar su plan no puede ser tampoco más oportuna. Con decir que la Novela se escribió hace algo más de diez años, y recordar que su título es ÉLIA, Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HÁ, queda justificado mi aserto. A describir los sentimientos y costumbres dominantes en nuestra patria al terminarse la guerra más justa y heroica que han presenciado los siglos, va, pues, encaminada; época sobre todo encarecimiento interesante, y en la cual puede decirse que desaparece la antigua España para refundirse en la que á la actual generacion le ha cabido en suerte.

El carácter de Élia es de lo más bello y delicado que haya concebido jamás la humana fantasía. Es esta angelical criatura linda y buena por extremo; una señora de la más elevada clase la mira como hija, y la ha dejado crecer en la conviccion de que ha debido la existencia á unos antiguos amigos suyos, muertos al nacer ella. Tiene la señora de Calatrava ciega pasion por su protegida, y todo parece como que contribuye á que pueda suponerse á la candorosa niña engreida y orgullosa con sus cualidades y ventajas. Un sobrino de la protectora de Élia, hijo segundo de la marquesa de Valdejara y personificacion de los principios libera-

les de buena fe, importados en nuestro país por los legisladores de Cádiz, vuelve de la guerra en que ha combatido honrosamente por su Dios, su rey y su patria contra el más negro abuso de la fuerza de que hace mencion la historia, y se apasiona perdidamente de Élia. Su madre, que sabe el verdadero orígen de ésta, y que siempre ha reprobado la educacion, tan impropia de su clase como á propósito para hacerla infeliz, que su cuñada le ha dado, conociendo que nunca se desafia impunemente la opinion, ni las preocupaciones más ó ménos infundadas de la sociedad, toca todos los resortes que están á su alcance para destruir los amores de su hijo, y despues de una violenta escena con Cárlos, revela bruscamente su orígen á la desventurada Élia, á quien esta revelacion pone al borde del sepulcro. Desde entónces Élia, que amaba ardientemente á Cárlos, renuncia á él por completo, y ni las excitaciones de su protectora, ni las de quien la amamantó á sus pechos, ni el verse dueña de la inmensa fortuna que aquélla le lega al morir, consiguen turbar su razon ni exaltar su orgullo. Retírase al convento en que fué educada, y sacrifica un amor que hubiera hecho su felicidad, dadas otras condiciones, pero que de modo alguno puede hacerla en las

en que Dios la ha colocado, persuadida de que la verdadera dicha no ha de encontrarse en un enlace que la autoridad maternal justamente condena, sino en conseguir la del cielo, donde espera un dia unirse á Cárlos.

¡Qué elocuente leccion para los que en todo ven derechos, y en ninguna parte deberes; para los que no reconocen límite ni freno á su voluntad ni á sus apetitos!

En torno de Élia agrúpanse diversas figuras á cual más típicas. ¡Qué buena fe! ¡Qué instintiva rectitud de juicio! ¡Qué amor á todo lo bueno y á todo lo español el de la señora de Calatrava! Basta ser blanco de una suposicion malévola, de una injusticia, para que la misma persona que le era antipática se trasforme á sus ojos en objeto de simpatía. ¡Cómo cuida de cuanto puede ser grato á los demas, y cómo se olvida de lo que á ella le es agradable! ¡Cuán ardiente es su caridad! ¡Qué patriarcal el dominio que sobre sus criados ejerce!

La marquesa de Valdejara, dura é intransigente, muestra tambien el irresistible y benéfico influjo que la Religon ejercia entónces, hasta en aquellos caractéres que por su violencia parecian ménos sujetos á él.

Don Fernando, noble representante de las

ideas monárquicas, es por otra parte, como acertadamente dice el autor, el verdadero y genuino tipo del mayorazgo, sosten y apoyo con su nombre y su fortuna de la casa de que es jefe.

Don Narciso, personaje en quien se halla retratada de mano maestra la desconsoladora escuela enciclopedista, es, como no puede ménos de serlo, fanático en su intolerancia. Él, que de todos exige consideracion y respeto, nada considera ni respeta de cuanto constituye moral y políticamente nuestro país. Para él no hay Dios; hay un *Sér Supremo*. Extasíale el *Sit tibi terra levis* gentílico, y no halla ni una palabra de aprobacion para el *Requiescat in pace* católico. Es *filántropo:* no caritativo. Apénas se digna contestar, ó contesta con grosería, al honrado campesino que conduce su cabalgadura; pero habla, en cambio, campanudamente de los *derechos del hombre*.

Nada dirémos de María, en quien más particularmente simboliza Fernan Caballero aquellos antiguos criados que envejecian y morian en las casas de nuestros padres, y que eran otros tantos miembros de la familia de sus señores. Nada del honrado D. Benigno, cuya mejor calificacion la hace su propio nombre. Nada tampoco de los demas personajes; semejante tarea no

ofreceria otro resultado que impedir al lector que los conociese cuanto ántes por sí mismo, harto más habilmente retratados por Fernan Caballero de lo que yo pudiera hacerlo nunca.

Concluyo, pues, no sin decir ántes que si el fin moral y el argumento de Élia merecen cumplidas alabanzas, y si los caractéres de cuantos en ella figuran se hallan pintados y sostenidos con singular maestría, el encanto de que el autor sabe revestir escenas de la más opuesta índole, de cuya verdad son, entre otras, irrecusables testigos, ya el simpático cuadro de la casa de la Asistenta el dia en que se celebra su santo, ya el naturalismo y chistoso lance en que el atrabiliario D. Narciso gana el mote de *Monteruca*, ya los altercados, llenos siempre de profunda y saludable intencion, que con éste sostiene la señora de Calatrava, ora el sublime diálogo entre la marquesa de Valdejara y su confesor, ora, en fin, la muerte del padre y de la protectora de Élia; las inimitables descripciones que, como la de Sevilla festejando la vuelta del rey al trono de sus antepasados, y la de Cádiz visto desde el mar, esmaltan sus páginas; las admirables sentencias que sin aparato ni pretensiones brotan espontáneamente de la pluma del escritor; y, por último, el interes siempre creciente de la accion,

son asimismo partes á que al concluir la lectura de este precioso libro haya forzosamente de reconocerse que si La Gaviota es el primer floron de la corona poética de Fernan Caballero, Élia es, á no dudarlo, su más espléndido brillante.

Sevilla 27 de Junio de 1857.

Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca